

Reseña del libro de *John Holloway* Agrietar el capitalismo: el hacer contra el trabajo

MÓNICA GALLEGOS RAMÍREZ

Buenos Aires: Ediciones Herramienta, 2011

México: Bajo Tierra Ediciones, 2011

Me parece que el libro de John Holloway –sugere e importante en el momento actual- contiene un debate urgente que se expresa de manera rigurosa a través de un conjunto de planteamientos que dan cuenta de múltiples haceres, teóricos y prácticos, recuperados y problematizados por él.

El texto ofrece una atrevida respuesta a la pregunta de ¿cómo *cambiar el mundo sin tomar el poder?*, ampliando las posibilidades de abordar *el significado de la revolución hoy*, a través del desarrollo de 32 tesis que apuntalan esa discusión iniciada hace casi diez años. En esta breve presentación voy a referirme sólo a algunas de ellas, aunque pienso que todas son importantes.

Quiero comenzar con una idea central, y que se expresa de diferentes formas a lo largo del texto *Agrietar el capitalismo*, dice John: “[...] este libro discute [sobre la] reorganización radical de nuestra actividad cotidiana [...]” (p.96).

¿En qué contexto enmarca Holloway esta preocupación y para qué me parece relevante? El contexto, y la urgencia, están dados por el mundo que, hasta hoy, hemos creado: un mundo de injusticia, de guerra, de violencia, de discriminación, de despojo y explotación; un mundo de concentración abusiva de riqueza en unos pocos y de pobreza en los más; un mundo que está llevando al aniquilamiento de la vida humana y no humana; un mundo dominado por el dinero, por el capital, en el que parece que se cierran todas las posibilidades de despliegue de nuestra acción creativa y de realización de nuestra propia humanidad. Por lo tanto, el sentido profundo de discutir sobre la necesidad de reorganizar radicalmente nuestra actividad cotidiana tiene que ver precisamente con la urgencia vital de tomar en nuestras manos la responsabilidad de dejar de crear este mundo para comenzar a crear otro muy distinto.

Sostiene Holloway que negar y romper el mundo que nos niega y crear otro es algo común, obvio, sencillo, pero nada más difícil. Que la ruptura tiene que ver con nuestra negación a seguir aceptando las exigencias e imposiciones de la dinámica del desarrollo capitalista, al tiempo que hacemos algo

más, desplegando actividades que no están determinadas por el dinero ni por las reglas del poder; es decir, haceres propios en los que la iniciativa y la agenda esté determinada por nuestras necesidades y deseos. La ruptura es, pues, *negación-y-creación*; y, aunque esto viene ocurriendo desde siempre en el capitalismo porque la imposición y el dominio característicos del sistema suponen necesariamente resistencia y lucha, hoy más que nunca se expresan por dondequiera haceres autodeterminados que buscan preservar la vida.

Para Holloway la revolución sigue siendo urgente, necesaria no en el futuro sino aquí y ahora, y creo que para comprender todo el sentido de esta idea, la clave la sitúa en nuestro hacer autodeterminado; al negarnos a seguir obedeciendo a quien nos esclaviza caminamos hacia nuestra emancipación. Sin embargo, aparecen como limitantes la dependencia que tenemos del capital y del dinero para nuestra sobrevivencia (aunque esto no sea tan real) y la posibilidad de sufrir la represión física, además de todas las otras, impuestas por la propia síntesis social que determina toda la lógica de funcionamiento del sistema.

Frente a esto, ¿qué podemos hacer?, se pregunta Holloway.

Considero que una primera respuesta se va apuntalando con el desarrollo del método de la grieta, el cual implica abrir nuestra comprensión del capitalismo y verlo no como un sistema cerrado de dominación, dado de una vez y para siempre, sino a partir “[...] de sus crisis, sus contradicciones, sus debilidades, [y entendiendo] cómo nosotros mismos somos esas contradicciones [...]” (p.10). La transformación de las actividades cotidianas de millones de personas está en la base del cambio social; esos momentos, espacios, actividades, y tal vez también podríamos incluir los saberes, sentimientos y emociones, autodeterminados, son *las grietas* que rompen con su insubordinación y hacer autodeterminado la lógica destructiva del capitalismo.

Las grietas comienzan con la negación y dan cauce a nuestra dignidad a través de la creación de haceres alternativos que abren el mundo al despliegue de nuestra potencia como sujetos que deciden lo que necesitan y lo que desean; el no! inicial y la subsiguiente creación de lo nuevo hacen estallar lo establecido develando “[...] la

dependencia de los poderosos de aquellos que no tienen poder” (p.19), y generando, así sea por momentos y en espacios limitados o actividades específicas, en ámbitos abiertos y públicos o estrictamente íntimos, nuevas posibilidades de vida.

Me parece importante destacar que Holloway insiste en no idealizar *las grietas*. Para él no es posible la “[...] autodeterminación pura porque lo que consideramos deseable o necesario está afectado por la sociedad en que vivimos y debido a que no controlamos el ambiente en el que actuamos” (p.25); *las grietas* están atravesadas por contradicciones e incluso, en ocasiones, en lugar de que podamos hacerlas correr y ampliarse, se tapan o congelan. Sin embargo, también subraya que “reconocer, crear, expandir, multiplicar todo tipo de grietas en la estructura de la dominación capitalista [...] es la única manera de lograr una transformación verdadera y radical de la sociedad”.

Dice Holloway que “el capitalismo, desde su comienzo, ha sido siempre un movimiento de cercamiento [...] de convertir lo que era disfrute o uso común en una propiedad privada [...]” (p.33), proceso que se ha acelerado con el neoliberalismo el cual ha generado una gran cantidad de luchas para la defensa de los bienes comunes contra el despojo. Y pienso que no sólo los bienes sociales y culturales sufren este cercamiento y despojo, sino también nuestras posibilidades individuales y colectivas de ser personas imaginativas, creativas, emotivas, sensibles; de ser sujetos capaces de desplegar su subjetividad negada y de ser tratados a partir del reconocimiento mutuo, del respeto, el compañerismo y el amor.

Como son centrales *las grietas* para Holloway, el autor analiza con detenimiento los problemas que enfrentan, pues la capacidad del sistema de absorberlas o reprimirlas, de congelarlas, rellenarlas o tapanlas es muy grande. Por lo tanto, estos procesos de insubordinación y hacer autodeterminado ocurren siempre en el *límite de la imposibilidad*: no sólo los anula la propia lógica del sistema, que ejerce múltiples presiones para que actuemos de una determinada forma, ya que si no lo hacemos enfrentaremos la violencia económica, o la amenaza y ejecución de violencia física o violencia política, legal, policial por parte del Estado y de otros sujetos sociales; sino que también *las grietas* chocan contra nosotros

mismos, productos y productores de esa lógica, ya “que no somos sujetos puros [...]” (p.73); chocan, pues, con el dominio del valor que impacta y fragmenta todos los espacios de la vida individual y social, y establece la fuerza de cohesión social, la *síntesis social* capitalista... Y sin embargo, ¡las grietas existen!

Sostiene Holloway que “[...] la posibilidad de las grietas está en su movimiento” (p.83), y que “hay una línea de continuidad entre lo obvio y lo escasamente visible. Las líneas de continuidad son las líneas del movimiento potencial y de posibles confluencias [...]” (p.84). No sabemos si pequeñas fisuras tienen el potencial para convertirse en grandes grietas pero lo que sí es seguro para el autor es que de “las líneas de continuidad depende el futuro del mundo”.

Me parece muy importante y acertada, aunque a la vez resulta problemática, la no jerarquización de los haceres a partir de su tamaño o de la relevancia de su impacto; esto es, creo que para Holloway son igualmente relevantes las pequeñas fisuras que las grandes grietas, pero considero que el autor podría decirnos algunas cosas más respecto de las formas en que podría generarse la *confluencia* entre ellas, porque creo también que no apuesta por la unidad o la organización común de las mismas, a pesar de que encuentra en el *carácter dual del trabajo* (y en *la transformación del hacer en trabajo*, es decir, en la negación de nuestra autodeterminación) el elemento común que podría estar -¿qué está?- en la base de todas las grietas y fisuras. Considero que con esto Holloway abre un debate necesario que podemos continuar, y también lanza una pregunta central a ciertas militancias que, aparentemente sin pretenderlo, intentan marcar un solo camino o *una línea correcta* para definir la organización y las estrategias de la acción revolucionaria anticapitalista, que obliga a repensar la exigencia de la unidad de *toda* la izquierda como requisito para superar al capitalismo.

El capital, divide, fragmenta, separa, clasifica y bloquea las continuidades, pero la respuesta cierta para el autor es “rebelarse en todas las formas que podamos”. “La cuestión central no es la conciencia, sino la sensibilidad” (p.88), porque no se trata de establecer grados de radicalidad, “[...] sino de conmover sentimientos, de canalizar iras y sueños, de hallar resonancias” (p.89). No hay garantías, no hay seguridades o certidumbres más que la del rechazo a las acciones que reproducen el

capital y me parece que, también, la de la necesaria reivindicación de nuestras dignidades.

Holloway comprende *las grietas* “[...] no sólo como series interminables de ataques a la síntesis social del capitalismo, sino como la crisis de esa síntesis” (p.90). Creo que el autor llega a esta comprensión a partir del análisis profundo y crítico que realiza del *carácter dual del trabajo*, siguiendo a Marx.

Dice Holloway: *las grietas* son rebeliones del hacer contra el trabajo, de la autodeterminación contra la determinación exterior, por tanto expresan *inadecuaciones* que no son marginales, sino que están en el centro de la sociedad. “Partimos de lo que no se adecua, que no cabe, de aquello que se desborda, de lo que existe no sólo dentro, sino también en-contra-y-más-allá. No partimos de la quietud de la identidad, sino del movimiento de la no identidad, o mejor dicho, de la anti identidad [...]” (p.96). Una forma de nuestro hacer, el trabajo, crea la sociedad de la que queremos liberarnos, otra, el *hacer*, intenta crear una sociedad diferente. “Nuestro hacer está en el centro” (*idem.*), y eso es fuente de esperanza, porque “[...] podemos dejar de crearlo [el capitalismo] y hacer otra cosa en su lugar” (p.97).

Haciendo una relectura cuidadosa de Marx en *El Capital*, Holloway aborda el *carácter dual del trabajo* propio del capitalismo y señala que dicho carácter permite entender cómo es que el trabajo útil o concreto (*el hacer*) es abstraído en el trabajo (existe en el trabajo abstracto *en su forma de ser negado*). Dice Holloway que “la abstracción no es exterior a la actividad misma. La forma en la que nuestra actividad particular es puesta en relación con otras actividades repercute sobre nuestra actividad, moldeándola hasta la médula” (p.105). El mercado, el intercambio, el trabajo abstracto, el dinero, impactan todos los aspectos de nuestra vida, hasta los más íntimos.

No quisiera simplificar, porque los argumentos desarrollados por Holloway son bastante elaborados y dejan muy claro lo que está discutiendo y problematizando, pero entiendo que el autor llega a un punto en el que se comprende que “la abstracción es el tejido específicamente capitalista de las relaciones sociales [...], es la negación de la autodeterminación humana” (p.106). El trabajo abstracto teje un mundo complejo de determinación (una telaraña dice Holloway) que involucra todos los aspectos de

la vida: las mentes, los cuerpos y su sexualidad, el tiempo, las clases y sus personificaciones, la naturaleza, el ciudadano, la política, el Estado, la totalidad. Sin embargo, el dominio del trabajo abstracto no es absoluto, y lo negado, invisible, latente en el trabajo abstracto –el hacer, nuestro hacer–, disuelve la totalidad, abriendo espacios a la autodeterminación, provocando que reviente el tiempo lineal del reloj, reconstituyendo un sujeto polimorfo en el que la mujer ya tiene una importante presencia, haciendo caer las máscaras, permitiendo que la naturaleza deje de ser objeto, y desechando las ideas de Estado y ciudadano como elementos de resolución de los antagonismos sociales.

La transformación del hacer en trabajo abstracto se refiere al proceso a través del cual una actividad útil, agradable, disfrutable, termina siendo indiferente a su contenido porque ahora gira en torno de la búsqueda del dinero (valor y tiempo de trabajo socialmente necesario). El hacer concreto existe en su forma de ser negado, que es la forma de trabajo abstracto, pero esta existencia es de no identidad, de inadecuación “es un antagonismo viviente constante entre el trabajo abstracto y el hacer concreto” (p.110). El hacer concreto existe, entonces, contra-y-más-allá del trabajo abstracto y permite entender la posibilidad de que como sujetos seamos capaces de construir otro mundo, como ya lo están haciendo todos los días millones de personas, y de mantener los espacios de dignidad que son, para Holloway, la sustancia de las grietas. El trabajo abstracto domina pero anuncia su propia antítesis: el hacer concreto-creativo que, a decir de Holloway “se cuele entre las grietas” (p.165).

Hay dos antagonismos presentes en *la forma dual del trabajo* analizados por Holloway, el primero es el del hacer contra el trabajo: el autor analiza aquí las condiciones históricas que permitieron la transformación del hacer concreto en trabajo abstracto y destaca que ese proceso de acumulación originaria fue fundamental para que se diera dicha transformación, pero subraya que se trata de un proceso que sigue abierto en la actualidad y que continua garantizando de manera contradictoria e inestable, esa transformación del hacer en trabajo abstracto. El segundo antagonismo podría decirse que es *posterior*, pues se trata de la lucha entre el trabajo y el capital y gira en torno de las características del proceso de explotación y de las resistencias de la clase obrera. En la tradición

marxista ortodoxa, y por cuestiones políticas que parece fueron de índole coyuntural, se priorizó el antagonismo capital-trabajo y se dejó prácticamente de lado el del hacer concreto contra el trabajo.

Holloway sostiene que “el hacer es la crisis permanente del capitalismo” (p.195), y que “[...] la vida es el antagonismo entre el hacer y el trabajo abstracto” (p.208). También se pregunta si “[...] ¿podría ser éste un tiempo de nacimiento y no sólo de muerte y destrucción?” (p.269). Tiempo de nacimiento porque “nosotros los seres humanos somos la fuerza creativa de la sociedad que se desarrolla en una relación de estar dentro-en-contra-y-más-allá- de su contexto social” (p.272).

¿Un tiempo de creación de otro mundo?, para John Holloway “la revolución es simplemente eso: el asumir nuestra responsabilidad como los creadores de la realidad social, la asunción social de nuestro poder hacer” (p.273), asumir la responsabilidad de dejar de hacer el capitalismo, avanzando sin respuestas preestablecidas, pero sí recuperando millones de experiencias, preguntando y caminando, autodeterminando nuestras actividades y los ritmos de nuestro hacer, hay que romper las paredes, hay que agrietar el capitalismo.

Me parece que queda mucho por dialogar con el autor sobre su libro, pero considero que sin lugar a dudas John Holloway responde ampliamente a las luchas y desafíos de este complejo presente que vivimos. Creo también que, aunque habremos de seguir profundizando en sus planteamientos, queda claro que la lucha del hacer contra el trabajo es la esencia de la lucha anticapitalista. Dejar de hacer el capitalismo y hacer otra cosa es la única manera de responder a la cuestión del *significado de la revolución hoy*.